

COMENTANDO

No basta que haya ideas ni que existan ideales; lo que hace falta son hombres con ideas y con ideales

Esto que escribo a la cabeza de estas líneas parecerá a algunos a primera vista paradójico. En cuanto hayan leído las cuartillas que voy a escribir, tal vez digan que no hay tal paradoja.

La idea y el ideal son siempre abstracciones. El hombre con ideas y con ideales es siempre cosa concreta y determinada. Era idea o conjunto de ideas en Francia, la táctica y la estrategia, y era un ideal el triunfo; pero las ideas y el ideal eran abstracciones y no sirvieron de nada hasta que surgieron los hombres que supieron aplicar la idea y el ideal. Fueron Joffre primero y Foch después; Clemenceau antes y Millerand luego. ¿De qué hubiesen servido las ideas y el ideal sin esos hombres? Toda Francia profesaba las mismas ideas y comulgaba en el mismo ideal; pero de nada habrían servido los ideales y las ideas, si en el orden militar y en el político no hubiesen surgido los hombres que requería cada uno de los momentos. Acaso no hayan sido idénticas las ideas de Joffre y de Foch ni idénticos sus ideales. Acaso tampoco hayan sido iguales los ideales y las ideas de Clemenceau y de Millerand. De lo que no se puede dudar es de que Joffre y Foch, como Clemenceau y Millerand, tuvieron las ideas y los ideales que debieron tener en cada momento. Joffre no soñaba al organizar la resistencia con el rendimiento de Alemania y por lo tanto no pudo ser ese su ideal. Tampoco pudo soñar entonces con otra cosa que con contener el avance del enemigo, y por eso no pudieron ser sus ideas ni su ideal, iguales a los de Foch. Lo mismo digo de Clemenceau y de Millerand. ¿Acaso las ideas de Millerand hoy, y sus ideales, pueden ser los ideales y las ideas de Clemenceau ayer? No. De ningún modo. El Mundo entero, y Francia, han caminado mucho y en 1920 no piensa Millerand... ¡ni siquiera como él mismo pensaba en 1914!

Con esos ejemplos creo haber demostrado que no son las ideas ni los ideales quienes gobiernan y salvan los pueblos, sino los hombres con ideas y con ideales. ¡Parece lo mismo, pero no lo es! No se gobierna con abstracciones, sino con realidades.

triunfar nuevas ideas y nuevos ideales. Sin ellos, habrían perdurado los ideales y las ideas de antaño.

En España seguimos petrificados. Aún hablamos de Cánovas y de Sagasta, y todavía se pierde el tiempo en divagar sobre libertad y democracia, como si el

Mundo no hubiese caminado en los últimos años a pasos gigantescos...

¡Ideas e ideales! Nada se logrará con ideales ni con ideas, como no aparezcan hombres capaces de darles realidad, de ejecutarlas. Parece todo esto paradójico, pero no lo es. Y no lo es, porque el ideal y la idea sin hombres capaces de imponerlos y hacerlos triunfar, es algo parecido a la Doctrina de Jesucristo sin sacerdotes que a Jesucristo imiten.

Todos sabemos en qué consisten las ideas y cuál es el ideal regenerador; pero... ¿dónde está el hombre que las realice?

JUAN DE ARAGON

LAS VISPERAS PRESIDENCIALES

MILLERAND, MILLERAND...

(De nuestro redactor en París)

Es indiscutible. Pueblo y Parlamento designan a M. Millerand como sucesor de monsieur Deschanel. Y también es indiscutible que pueblo y Parlamento desearían que el sucesor de M. Millerand fuese... monsieur Millerand. La situación es curiosa. Monsieur Millerand, confuso, deslumbrado y reconocidísimo, querría dividirse en dos; pero como M. Millerand no es un ser hipotático, sino exclusivamente humano, el desdoblamiento de su personalidad es imposible. Monsieur Millerand es el primero en rendirse a esta evidencia.

Nadie mejor que él comprende la oportunidad de su candidatura. Animos y talento le sobran para pasar siete años en el Elíseo. Su labor como jefe del Gobierno, tan acertada, tan coherente, tan fecunda, lo mismo en el orden interior que en el internacional, le han valido la admiración, el reconocimiento y, sobre todo, la confianza de todos los franceses. De todos. Los que no le siguen son los que se declaran enemigos de la patria y del régimen, la fracción roja del partido socialista, más aislada y mermada cada vez. Francia, la verdadera, la grande, está con Millerand.

Por eso debe ser M. Millerand el sucesor de M. Deschanel. Francia quiere un Presidente de unión nacional. No un Presidente político, sino un Presidente patriota. El país desea que la elección de Versailles sea una aclamación, un modo de plebiscito unánime expresado por la voz del Parlamento.

«Y esto—dicen los prohombres políticos y dicen los hombres de la calle—sólo podrá obtenerse con la candidatura de monsieur Millerand.»

M. Millerand, desde que se abrió la crisis presidencial, no hace otra cosa que aducir las razones que le aconsejan permanecer en su puesto de jefe del Gobierno.

«Yo—viene a decir M. Millerand—he comenzado a desarrollar mi programa de reconstitución de Francia. Favorecido por la confianza nacional y ayudado por mis colaboradores del Ministerio, voy saliendo adelante. El éxito de mi política depende, en parte, de mi entusiasmo, de mi actividad, de mi intervención directa en los grandes y los pequeños conflictos. Yo voy, yo vengo, yo hablo con Lloyd George y con Giolitti; yo escalo la tribuna de la Cámara cuando es necesario aguantar un ciclón; yo tomo una iniciativa de las más cuando conviene que el bajel de Francia hunda la proa sobre algunos témpanos. Yo soy el hombre de la ocupación de la Ruhr y el que no abandonó a Polonia. Yo he trabajado de firme en San Remo, en Spa, en Aix... Y en París no se olviden mi batalla con la Confederación General del Trabajo y mi movilización contra la huelga general... Mi intervención directa en la aplicación de mi programa me parece útil. Déjenme ustedes seguir...»

A estas o parecidas razones de M. Mil-

lerand, han respondido los Peret, los Jonart, los Bourgeois, los Pams—es decir, los otros «presidenciales»—que los inconvenientes que puedan originar la elección y la sucesión simultáneas de M. Millerand serán de fácil arreglo y quedarán generosamente compensados por la ventaja de tener durante siete años al frente de los destinos del país a quien en diez meses, y como Presidente del Consejo, ha realizado obra tan variada y tan sólida. La misma opinión sustenta M. Briand.

Hoy—20 de septiembre—, a tres días de la Asamblea de Versailles, no hay más candidatura que la de M. Millerand, a pesar de las reservas y las negativas del candidato. Cuando estas líneas se publiquen habrá desaparecido el misterio; pero conviene esbozar la fisonomía de estas jornadas históricas en que Francia, toda Francia, conduce a Millerand hacia el Elíseo, mientras el gran repúblico, para servirle más ampliamente, querría dividirse en dos...

ALBERTO INSUA

UNA ASAMBLEA

LOS SECRETARIOS DE AYUNTAMIENTO

Salamanca, 22.—En el teatro Moderno verificóse la asamblea de secretarios de Ayuntamiento de la provincia, presidida por el senador D. Enrique Esperabé, y con asistencia de más de 250 secretarios.

El presidente calificó de intolerable la conducta del Gobierno en lo que respecta a la clase secretarial, y propuso que, si no son atendidos estos funcionarios en sus pretensiones, dejen de realizar los servicios por los que no perciben retribución.

Se redactó un telegrama, dirigido al Presidente del Consejo de ministros, en el que se pide que en la primera reunión ministerial sea aprobado el reglamento del Cuerpo de secretarios municipales y que sea enviado inmediatamente para su publicación en la «Gaceta».

La reunión se deslizó con la más perfecta normalidad.

Los caseros de Roma se ven desposeídos

La Policía ejecuta desahucios fulminantes : : : : :

Roma, 22.—La crisis de la vivienda ha adquirido en Roma inusitada gravedad. Gran número de familias modestas carecen de habitación a pesar de los esfuerzos del Gobierno para que todo ciudadano romano, a quien la guerra no haya enriquecido, no carezca de abrigo.

La ocupación de las fábricas por los obreros, aunque sea éste un movimiento cuyo éxito es muy dudoso, ha servido de ejemplo a las gentes que duermen al aire libre para dar una solución a su conflicto.

La noche pasada, en efecto, numerosas edificaciones han sido invadidas por una multitud de desharrapados y también por algunas familias de obreros, que han tomado posesión de los inmuebles, a despecho de sus legítimos inquilinos, lo que ha dado lugar a escenas que no han sido, por fortuna, mas que pintorescas. La invasión se ha extendido a algunos barrios principales de Roma, y los asaltantes, amigos del «comfort», no han vacilado en ocupar algún que otro palacio.

La abigarrada multitud, en busca de la nueva tierra prometida y llevando a su frente banderas rojas para mejor señalar el carácter de la manifestación, ha recorrido la ciudad. Muchas casas, algunas de ellas sin acabar, y numerosas villas han sido paulatinamente ocupadas. Pero, desgraciadamente para los inquilinos improvisados, la Policía, que tenía órdenes severas, los ha desahuciado un poco rudamente, y al final el lanzamiento ha degenerado en huida.

Esta invasión estaba preparada, según se dice, por un Sindicato socialista, y para hoy los asaltantes tenían la orden de ocupar el palacio Latrán.

El «Osservatore Romano» protesta del hecho y llama la atención del Gobierno porque los inmuebles y sus anexos están protegidos por la ley de garantías.

La Policía ha tomado medidas para que los hechos no se repitan. (Agencia Radio.)

DESPUES DEL TRANCE DUPLICIDAD

(De nuestro redactor en Londres)

El escándalo que se anunciaba al terminar el artículo anterior ha surgido antes de lo que me imaginaba. Una nueva nota del Gobierno británico pone las cartas boca arriba. Frente a la declaración del ex representante en Londres del Soviet, Sr. Kameneff, respecto a que no había intervenido en ninguna venta de diamantes rusos, el Gobierno británico nos dice que el Sr. Kameneff no sólo intervino en el asunto, sino que se tomó muy buen trabajo en comunicar al Soviet de Moscú el resultado de sus gestiones. Y frente a la declaración del «Daily Herald» del 20 de agosto respecto a que no había recibido del Soviet «ni un valor, ni un franco, ni un centavo», el Gobierno inglés muestra que antes de esa fecha había vendido en Londres la Delegación rusa diamantes por valor de treinta a cuarenta mil libras, y que el dinero había pasado a poder de Mr. Meynell y de mister Edgar Lansbury, hijo de Mr. George Lansbury, director del «Herald». Y lo peor de todo esto es que tanto los delegados rusos como los del «Herald» se tomaron muy buen cuidado en evitar que el dinero pasase por un banco, y no lo quisieron aceptar en cheques; precaución que no les sirvió de nada, porque lo aceptaron en billetes, y como éstos están numerados, la Policía ha podido seguirles la pista, de mano en mano, hasta dar con las de Mr. Meynell y Mr. Lansbury.

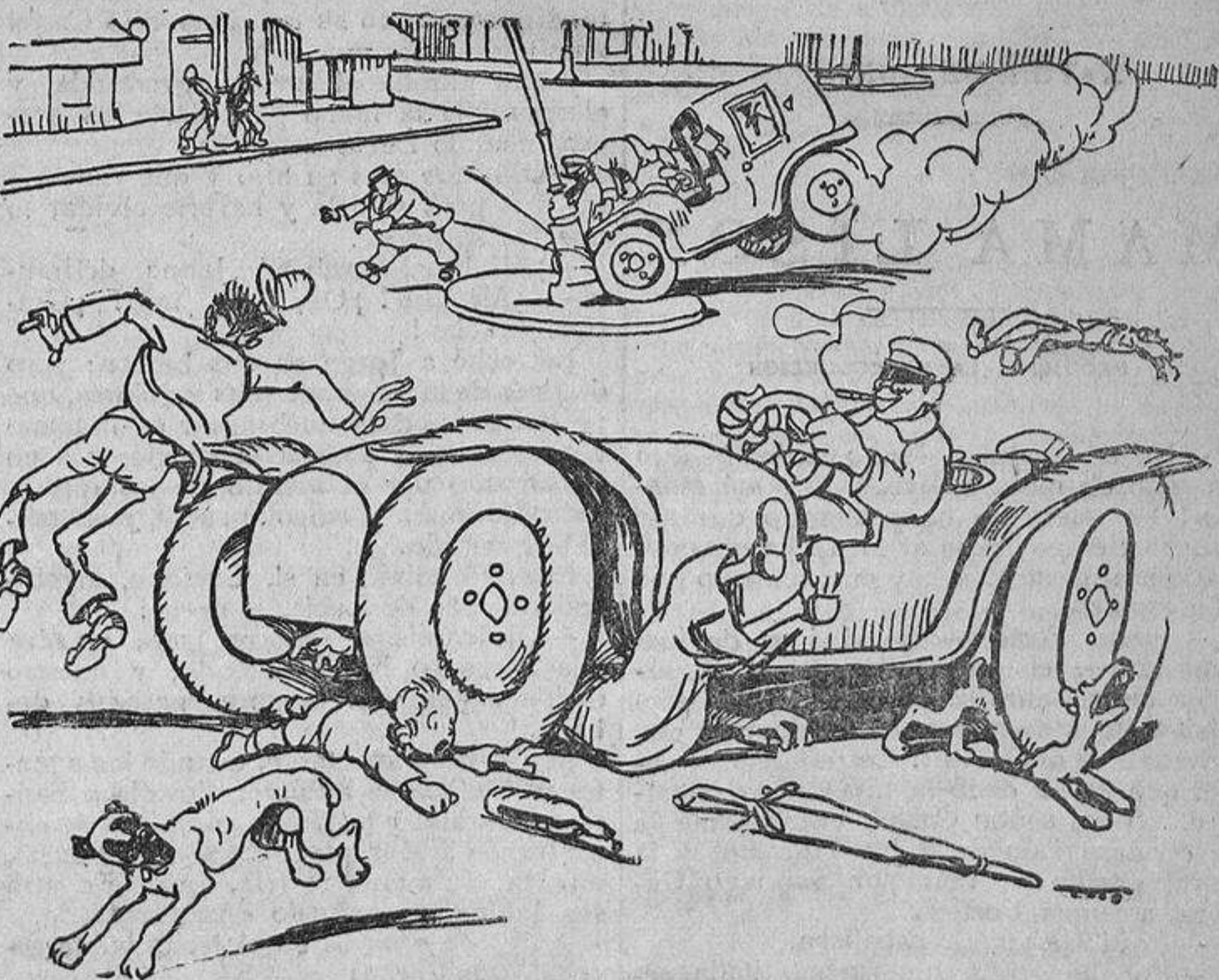
A la afirmación del «Daily Herald» respecto a que Mr. Meynell había obrado de propia iniciativa en el asunto, y sin consultar con Mr. Lansbury, ha podido contestar victoriosamente el Gobierno inglés diciendo que el hijo de Mr. Lansbury había recibido parte del importe de los diamantes. A la sorpresa que algunos lectores del «Daily Herald» hayan podido sentir al leer en su periódico la pregunta de si debía o no debía recibir el dinero de Rusia, el Gobierno británico acude con la afirmación de que si esa pregunta se hizo el 10 de septiembre y no antes, se debe a que Mr. Edgar Lansbury había sido interrogado por la Policía poco tiempo antes sobre la razón de que hubiesen pasado a su poder algunos de los billetes de Banco realizados por la venta de los diamantes rusos. El Gobierno añade la duda de que estos hechos hubiesen llegado a conocimiento del público del «Herald», a no haber mediado el interrogatorio de la Policía con el hijo de Mr. Lansbury.

Por añadidura, el Gobierno británico acusa al Sr. Kameneff de haber falsado los despachos de su propio Gobierno al dar cuenta al Gobierno inglés de los términos de paz que el Soviet ofrecía a Polonia, porque mientras el Soviet había dicho repetidamente al Sr. Kameneff que insistiría «en armar a los trabajadores de Polonia, bajo la inspección de representantes de las Asociaciones obreras de Rusia, Polonia y Noruega», el Sr. Kameneff, sabiendo que esta condición sería inaceptable en Inglaterra, como fatal para la independencia de Polonia, que las Asociaciones obreras de Inglaterra se habían comprometido a defender, ocultó las intenciones de su Gobierno bajo la frase, en apariencia inofensiva, de una «milicia cívica».

Este es un fiel resumen de los hechos

RAMIRO DE MAEZTU

DE LOS MADRILES



Las Delicias.

En cumplimiento de lo mandado en la Real Orden que regula el tamaño y precio de los periódicos, publicaremos desde 1.º de Octubre solamente 6.500 centímetros cuadrados de papel impreso al precio de

DIEZ CENTIMOS

No nos atrevemos a elevar el precio a quince céntimos y nos acogemos a la autorización que concede la Real Orden a los periódicos de menos de 6.500 centímetros para que puedan continuar vendiéndose a diez céntimos. La mayor parte de los lectores que han contestado a nuestra pregunta son de esta opinión y nos aconsejan la reducción de tamaño siendo opuestos al aumento de precio.

Nos ocasiona graves perjuicios no poder publicar nuestras habituales doce páginas; pero no queremos disentir de los queridos colegas que patrocinaron esa fórmula y sacrificamos nuestra conveniencia en aras del compañerismo, esperando que ellos harán lo mismo y que desde 1.º de Octubre, o reducirán su tamaño a los 6.500 centímetros cuadrados o aumentarán el precio a quince céntimos.

A LAS LECTORAS

MIENTRAS LLEGAN LAS NUEVAS CREA- CIONES : : : : :

En esta época se reúnen muchas elegancias en la Côte d'Argent, y es ahí donde en la actualidad pueden observarse las distintas tendencias de la moda y ver los modelos más recientes lanzados por las más osadas.

Se ve gran número de excentricidades, pero también bastantes «toilettes» bonitas, de un gusto muy seguro y discreto, que demuestra que la mujer verdaderamente mujer sabe, aun siguiendo muy de cerca la moda, guardar la nota elegante y «comme il faut».

Resulta un modelo original el llamado «pétalo de rosa», lanzado recientemente por uno de los más afamados modistos de París. El modelo es de «soplo de seda» color «higo de otoño» (¡qué nombres!). Los largos y puntiagudos picos que constituyen la falda se colocan desde la cadera en tres filas y ribeteados de un crespón «manzana no madura». Sobre el cuerpo, liso, de escote redondo y mangas de «globo», un gran cuello de pétalos, igualmente ribeteados, aumenta el aspecto juvenil de este vestido.

En la misma reunión sobresalía entre todos un modelito de aire más serio, pero también muy «chic». Sobre un forro de crespón esmeralda, una fina malla hecha con perlas redondas de acero, que modelando el cuerpo y la cadera, caía en largos flecos hasta el borde. De escote moderado, la malla formaba una media manga, cuyos flecos irregulares llegaban al codo.

Las mangas y los escotes tienden a modificarse, volviéndose más razonables que lo han sido este verano, en que, con la excusa de estar en playas ultrachic, se llevaban los vestidos sin mangas, luciendo los brazos desde la redondez de los hombros. En los bailes más mundanos van viéndose cada vez menos esas espaldas desnudas hasta la cintura, esos centímetros de tela con pretensiones de cuerpo, sujetos en los hombros por una cadenita o una guirnalda de florecillas, siempre dispuestas a resbalar o romperse.

La manga larga y estrecha intenta tímidamente aparecer; esto es un buen síntoma para este invierno. Falta saber si esta tendencia de cubrir las carnes obedece a buen sentido y cordura o al frío que se avecina. Estas mangas largas van muy bien con las amplitudes de los vestidos,



¿Qué es este adorno tan sencillo sobre el vestido, más sencillo todavía? Unas hilas de «soutache» blanco lavable o bordados al cordoncillo.



Y estos otros bordados, ¿de qué son? De hilo de oro, sobre el fondo negro brillante de esa maravillosa seda que se llama «astarté».



En este abrigo no hay bordados, solamente unos pliegues menudos a los lados, rematados con una tira de piel y una hebilla.

que se consiguen con la ayuda de volantes colocados en las caderas de «paniers» modernizados y sabiamente ahuecados, o bien el mismo vuelo del vestido sostenido por alambres.

El éxito de los bordados de cuero es cada vez mayor, y son muy numerosos los vestidos de jerga, gabardina o punto de seda adornados con entrelazados muy complicados de tiras de cuero blanco o de color natural.

Para imitar el cuero se emplean «soutaches» de cinta estrechita, enceradas, más fácil de manejar.

Las faldas de seda flexible, rellenas de bordados y pespuntos, dibujando grandes motivos, son también de gran éxito; pero las verdaderamente elegantes se hacen en color negro con pespuntos de un color muy vivo, tales como fresa, verde ácido, limón maduro.

Para los trajes sastre, siempre mucho clasicismo en las formas.

Las chaquetas, bastante largas y ajustadas en el cuerpo, se ensanchan muy visiblemente en las caderas en forma de pliegues «cartouche», que en algunos casos toman el aspecto de bolsillos.

Los cuellos, en chal o de solapas, tienen igual éxito, y los chalecos plisados, con cuello muy alto y gola aureolando el rostro, se disputan el éxito con los de brochado de lana en blanco y oro, fresa y plata, esmeralda y negro, de severos cuellos, abotonados hasta el mentón.

Las señoras jóvenes y las muchachitas prefieren las chaquetas amplias y cortitas, que armonizan mejor con todas las siluetas y se presta a muchas fantasías.

Se ven bonitos modelos completamente pespunteados, ya sea tono sobre tono o en un color vivo; en la mayoría de los casos van acompañados de falditas plisadas, que, como es sabido, siguen estando muy de moda, aunque se ha vulgarizado.

Con este estilo de vestidos, que tan buen papel hacen en todas partes por el término medio que ocupan entre lo sencillo y lo vistoso, se llevan sombreritos pequeños de fieltro, piel bordada.

Use usted productos

ROBERTS

En todas las perfumerías

de sus ojos. La duquesa pretendía consolarla con palabras cariñosas.

La madre Ursula se volvió bruscamente hacia «la Vampira».

—¿La habéis visto?—exclamó—. ¿Podéis decirme dónde está? ¡Oh, si la habéis visto decídmelo, no me hagáis sufrir más tiempo!... ¡Por piedad, responded!

—¿De qué me habláis, señora?—preguntó Perine, estupefacta ante aquella extraña pregunta.

—Os hablo de mi pobre loca, que estaba aquí cuando yo salí y que no me encuentro al volver.

Perine creyó que iba a desmayarse. El golpe era rudo. Juana había desaparecido de nuevo: todo estaba perdido aquella vez. Enfrente de aquella desgracia, la duquesa permanecía, sin embargo, tranquila. ¿Ignoraba, pues, la presencia reciente de su hija en aquella casa? Entonces, ¿cómo se encontraba en ella? ¿Qué iba a buscar allí?

«La Vampira» se hizo estas tres preguntas. Con seguridad había en todo aquello un misterio incomprensible que estaba fuera de su alcance. Así es, que se preguntó seriamente:

—¿Me habré vuelto yo también loca?

—Y bien—dijo la viuda con ira—, ¿no me respondéis?

—¿Cómo os voy a responder, señora—balbució «la Vampira», si no sé nada, si nada he visto, si no sé de quién me habláis?

—Pues entonces, ¿qué queréis?

—Sé que sois buena y caritativa, señora; yo soy pobre y muy desgraciada, y acudo a vos como acuden todos los días los que se encuentran en mi caso.

La expresión del rostro de la viuda se tornó de repente en halagüeño.

—Mi querida mujer—dijo—, acabo de hablaros con rudeza, sin querer. Tengo un gran pesar y tengo trastornado el sentido. Tomad y perdonadme.

Y al decir esto deslizó una moneda en la mano de Perine.

—¡Ah, señora—exclamó esta última—, no tengo nada que perdonaros, y si puedo servir de algo para aliviar vuestro pesar,

lo haré con todo mi corazón!... He creído comprender que una joven, una loca, se había escapado de vuestra casa hace un momento... ¿Queréis que vaya a buscarla? Iré por todo París. Quizás pueda seros útil... Decidme, ¿queréis?

—Lo acepto—respondió vivamente la madre Ursula—, y que Dios os bendiga tan buena acción. Me devolveréis bien por mal.

«La Vampira» acababa de dar un golpe maestro. De una parte se prometía la entrada en la casa a que Juana volvería si era encontrada. De otra, iba a saber los motivos que habían obligado a ir a aquella casa a la duquesa.

Luego añadió:

—Voy a correr inmediatamente; pero hacedme el retrato de la joven por si la encuentro que me sea fácil conocerla.

—Eso es muy justo—dijo la viuda.

Y trazó de memoria un retrato muy exacto y detallado de Juana. Perine, al escuchar a la madre Ursula, miraba con atención a la duquesa. Ni una sola vez la vio estremecerse. ¡Hay tantas blancas y hermosas jóvenes en este mundo! ¿Qué relación, por otra parte, podía existir entre la desgraciada loca y la afortunada baronesa de Kerjean? La duquesa no reconocía a su hija.

—Vamos—se dijo Perine—, la casualidad sólo preparaba este encuentro. La señora duquesa no sabe nada.

Después de haber descrito el rostro y la estatura, la madre Ursula se entretuvo en dar detalles de su traje. «La Vampira» recibió en seguida de la duquesa dos monedas de oro, y se retiró repitiendo que iba a buscar por todo París a la joven loca.

Cuando la gran señora y la viuda se quedaron solas, las lágrimas de ésta comenzaron a correr de nuevo.

—¿Amáis, pues, a esa criatura?—preguntó la duquesa.

—La amaba como amo a todo el que es desgraciado. La amaba más aún que si fuera mi hija.

—Quizás vuelva...

La viuda movió tristemente la cabeza.

el porvenir me reserva aún buenos días, y si mi estrella brilla más que nunca!

Maquinalmente Perine, al pronunciar estas palabras, levantó los ojos al cielo para buscar la estrella que presidía su destino; pero no lo encontró. Grandes nubes cubrían a París, y sus sombrías masas se interponían entre la bóveda celeste y las miradas de «la Vampira».

Esta alcanzó a los pocos minutos el punto de la calle de la Golondrina en que se abría la puerta de entrada de la iglesia.

Enfrente se levantaba una casa de monástica apariencia, encima de cuya puerta se veía una cruz; no podía ofrecer a nadie duda: era la casa de Ursula.

Perine se acercó, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta; pero no lo dejó caer. Un golpe de vista sobre la estrecha fachada acababa de probarla que ninguna luz brillaba detrás de las ventanas y que todo dormía, sin duda, en aquella piadosa morada.

—Es demasiado tarde—murmuró—; mi visita nocturna excitara desconfianza; un retraso de algunas horas no puede comprometer; la madre Ursula ignora seguramente quién es la pobre loca recogida por ella. Ninguna circunstancia la puede revelar ese secreto; volveré mañana.

Y Perine, reanimada por la esperanza, abandonó la calle de la Golondrina y fue en busca de albergue donde pasar la noche. Al ir andando se repetía:

—Sí; volveré mañana.

Ahora bien; nuestros lectores saben que al día siguiente la madre Ursula se proponía traer a su alojamiento a la duquesa de Simeuse y enseñarla la joven, cuyo nombre ignoraba.

VIII

La madre Ursula y la duquesa.

Al día siguiente, muy temprano, la madre Ursula entró en el cuarto de Juana. Encontró despierta a la joven y apoyada en el codo. Su palidez era mucho menor que la del día antes, y el círculo azulado

de sus párpados había desaparecido casi por completo.

—Y bien, hija mía—preguntó la viuda, repitiendo las palabras que dirigía directamente a sus enfermos—, ¿cómo nos encontramos hoy?

Juana no respondió; pero fijó en la digna mujer una mirada en la que parecía brillar un rayo de inteligencia, y por primera vez después de doce días una sonrisa asomó a sus labios.

—Vamos—dijo la madre Ursula, notando con alegría aquel doble síntoma—, va mejor, mucho mejor. Se diría que la niña adivina que hoy le va a suceder algo bueno.

Dspues continuó dirigiéndose a la loca, como si ésta hubiera podido comprenderla:

—Hoy vamos a tener la visita de una gran señora, muy buena, muy rica y muy caritativa, y es necesario levantarse para recibirla.

Al mismo tiempo colocó al pie del lecho unos vestidos de mujer, humildes, pero limpios y casi nuevos, que debía a las buenas almas del barrio.

La joven se levantó dócilmente y se dejó vestir por la viuda. Jamás Juana de Simeuse había estado tan encantadora como bajo aquel sencillo y modesto traje que usan las mujeres del pueblo.

—¡Dios mío, qué hermosa está!—exclamó sencillamente la madre Ursula—. ¡Es un sol! Estoy segura que la señora duquesa se alegrará al ver un ángel como éste.

El reloj rústico que había sobre la chimenea dió las ocho.

—Ya es tiempo de que me ponga en camino—dijo la viuda, instalando a Juana en la butaca y colocando sobre una mesita al lado de ella una gran taza llena de leche y un buen pedazo de pan blanco.

La madre Ursula consideraba como inútil todo gasto que no se hacía en beneficio de los pobres; las cosas más indispensables en apariencia, le parecían superfluas. Se pasaba sin criada, y ella hacía todos los trabajos, tan numerosos y complicados, de una casa que a menudo ence

